

UN NUEVO Y CAPITAL ASPECTO DE LOS HEBRAISMOS

No es muy numeroso el caudal de voces hebreas incrustado en el léxico castellano, como hemos demostrado en varios estudios sobre hebraísmos en español¹: podría cifrarse en medio centenar de términos, y otro medio de antropónimos usuales, número incomparablemente menor que el de arabismos, que los etimologistas que los han estudiado recientemente aproximan al millar, si bien descartando inflexiblemente los arcaísmos, ya nada usados, por más que sigan ocupando sitio en algunos diccionarios, quizá los de empleo corriente apenas pasen de unos quinientos. Hay que observar, asimismo, que del árabe no se tomaron nombres de persona —aunque sí numerosísimos topónimos—; tal vez no pudiera señalarse uno solo, ni masculino ni femenino estricta y meramente arábigo, es decir descartando los procedentes del hebreo, adoptados desde tiempo inmemorial en árabe, pero que en España y países cristianos se tomaron del hebreo a través de la Biblia, la Liturgia y el Santoral cristiano, v. gr., los masculinos *Isaac*, *Jacob* (con sus variantes, *Jacobo*, *Jaime*, *Santiago*), *José*, *David*, *Salomón*,

¹ *Enciclopedia Judaica Castellana*, t. V, México, 1949, pp. 318-321, «Hebraísmos en español»; M.E.A.H., Vol. XVIII-XIX (1969-70), fasc.º 2.º, pp. 2-19; *Legado del Judaísmo Español* (en prensa), capít. XV.

Daniel, etc., o bien los femeninos *María*, *Ester*, *Raquel*, *Salomé*, etc. Pero, como indicamos en el citado capítulo del *Legado del judaísmo español*, los hebraísmos en español, y en otras lenguas, no quedan circunscritos al área del vocabulario escueto, como suele hacerse al estudiarlos o mencionarlos; hay otros que penetraron en la Sintaxis, Fraseología, Refranero, campos en que se han infiltrado formas o construcciones típicamente hebraicas, que deben con justo título ser consideradas como auténticos hebraísmos, y aun diríamos de más honda raigambre y mayor entidad ideológica que los simples vocablos.

Dentro del léxico de los idiomas existe una forma especial de influencia de las lenguas extranjeras, los "préstamos" en su origen, que adquirieron tiempo ha carta de naturaleza en tal idioma, por ejemplo el nuestro en muchos vocablos, exactamente como ocurrió en latín respecto a un número considerable de voces griegas. Pero una forma menos completa o absoluta, y más sutil, de préstamos son las nuevas acepciones semánticas introducidas en palabras ya existentes en el fondo del idioma, incluso el primitivo, que enriquecieron la polisemia de éstas con alguna nueva significación, generalmente análoga en su fundamental sentido, pero netamente diferenciada. En el latín clásico *confiteor* tiene el sentido de "confesar", p. e. una falta, "reconocer públicamente", pero no el de "alabar" a Dios, que tantas veces tiene en la Vulgata, v. gr. Sal 92², tomado del verbo hebreo *yādā*, el cual, además de la primera acepción, posee también esta otra.

Este aspecto, más velado y por ende más difícil de captar, es el que quisiéramos poner de relieve en este breve estudio, que, naturalmente, no puede ser exhaustivo, pero que aun como simple insinuación o iniciación creemos encierra indudable interés.

La mayoría de esos vocablos españoles ya adoptaron matizaciones semánticas hebreo-bíblicas que anteriormente no tenían, en el latín eclesiástico, y aun antes en el griego bíblico, iniciado por los LXX, y pasaron con esas nuevas facetas a las lenguas románicas. Puede asegurarse que casi todo el léxico fundamental relativo al hombre en su aspecto sicosomático y su proyección sobre el mundo material que le rodea y el espiritual al que tiende por obra de la gracia divina, está pene-

trado de la nueva savia hebreo-bíblica que difundió el cristianismo, portador de esos valores, al propagarse por todo el Imperio romano, y en los siglos medievales en que la Biblia fue el libro de texto universal que adoctrinó a todos los países cristianos.

Exactísima es la observación de A. Bonilla y San Martín², cuando afirma rotundamente: "no hay dos hombres que real y verdaderamente entiendan algo de la misma manera". Esta realidad indiscutible en el orden individual adquiere extraordinarias dimensiones si se aplica a las lenguas, cuya extensión, en principio, podría decirse es de alcance ecuménico.

Análogamente podríamos afirmar, en un área más concreta y acotada, que las mismas palabras revisten con frecuencia significados bastante diferentes en cada idioma. Y no nos referimos únicamente a los llamados "falsos amigos del lenguaje", es decir palabras que tienen idéntica o muy semejante forma en dos idiomas, pero con significación notablemente dispar, frecuente tropiezo de traductores noveles, sino a términos corrientes del substrato general del idioma. La semántica de cada vocablo está matizada en cada hablante o escribiente por la cultura tradicional, ambiente, religión, preocupaciones, modo de vivir, idiosincrasia, etc., de cada pueblo, tribu, clan, tiempo y lugar, y del propio individuo. Igual acontece en las distintas esferas sociales de cada comunidad humana, grande o pequeña con respecto a muchos vocablos. Incluso en sus acepciones fundamentales se acusa con frecuencia el área social, profesional, nivel científico correspondiente a cada significación. Ante todo, hay términos poéticos que no se usan en prosa. Otros hay que situarlos en su propio marco para averiguar su sentido *hic et nunc*. La palabra "operación", por ejemplo, ofrece significados marcadamente distintos según que se refiera a cuestiones filosóficas, matemáticas, cirugía, milicia, comercio o vida ordinaria. En suma, constantemente nos sorprende la movilidad semántica de las palabras, sus irisaciones y su metabolismo.

Nuestro estudio se centra en una de esas facetas de particular interés por su lejanía en el tiempo, más de dos milenios,

² *Historia de la Filosofía Española*, II, *Judíos*, p. 214, Madrid, 1911.

por su densidad significativa, su elevación espiritual en casi todos los casos, indicio de su noble origen, su valor tradicional y su engarce con la religión, historia, cultura, instituciones y demás facetas de dos mundos tan distintos, aunque ambos nobles y maravillosos, cada cual en su estilo, como son el hebreo-bíblico y el grecorromano.

Este enfoque del léxico, que nadie podrá poner en tela de juicio desde un punto de vista plenamente objetivo y estrictamente lingüístico y filológico, abre insospechadas perspectivas acerca del concepto de los hebraísmos en las lenguas de los países que, sea cual fuere su situación actual, fueron moldeados en el troquel cristiano y purificados, ellos y su cultura, en el crisol de la Biblia. La semántica espiritual o simplemente natural de gran parte del vocabulario de esas lenguas, notablemente enriquecido con los matices hebreo-bíblicos, eleva el concepto del hebraísmo a un plano superior a la mera derivación etimológica.

Esas nuevas acepciones, que se incrustan para siempre en el léxico de esos idiomas, entran de lleno en la auténtica noción de *hebraísmos*, que no es solamente “giro o modo de hablar propio y privativo de la lengua hebrea”, ni el “empleo de tales giros o construcciones en otro idioma” (Acad.) o más bien, “palabra, locución, construcción o giro de procedencia hebrea”, como podríamos definirlos de un modo más completo, según el concepto ordinario, sino que también debe aplicarse a las nuevas acepciones dadas a vocablos ya existentes en un idioma cualquiera, tomadas del hebreo, típicas de éste, inexistentes con anterioridad en aquél, al menos en su forma clásica.

Naturalmente, esa ampliación que nos parece un derecho legítimo y razonable a propósito del hebreo-bíblico, se entiende igualmente en el caso de préstamos semánticos de análoga naturaleza tratándose de cualquier otro idioma. Nuestra tesis adquiere, de este modo, insospechada amplitud universal.

Consecuencia inmediata y natural de esta disquisición y alumbramiento de nuevas facetas semánticas en multitud de vocablos hispano-latinos es que se amplía enormemente el caudal de hebraísmos de esta modalidad, reales, aunque de menos relieve que los otros, y que, si se quiere, puede llamárselos “se-

mánticos”, así como también que en nuestro vocabulario latino-greco —lo propio podría decirse de otras lenguas y literaturas— no hay idioma alguno que en este terreno pueda competir ni *a longe* con el hebreo-bíblico. Es sencillamente la aplicación al terreno lingüístico del criterio seguido sin contradicción por nadie en la valoración de los fermentos vitales netamente cristianos, de origen, por lo tanto, bíblico en la cultura cristiano-occidental.

El aspecto lexicológico que proclamamos sólo es nuevo en su consideración *ex profeso*, o actualización, pues no dudamos habrá sido tocado, al menos de rellón o incidentalmente, en algún estudio lingüístico acerca de la lengua hebrea y su influencia en otras; pero su realidad tienen origen muy antiguo. Este se remonta, como anteriormente hemos insinuado, a la primera irradiación masiva del léxico hebreo-bíblico sobre la lengua griega, al ser trasladado a ésta el Antiguo Testamento en la venerable versión denominada *Septuaginta*.

Esa labor entonces (s. III-II a. C.) iniciada en máxima escala, aunque realizada progresivamente por numerosos traductores o equipos, empezando por el Pentateuco, representa un mérito superlativo, por ser la primera versión bíblica y por el esfuerzo que representa en el orden intelectual y espiritual. Seguirán en la misma línea, completando la labor de irradiación semántica que nos ocupa, otras versiones griegas, entre las cuales son las más famosas las de Aquila, Teodoción y Símaco (s. II d. C.), a las que han de agregarse otras tres anónimas, parciales, incluidas también, con las otras, en las *Hexaplas* de Orígenes, que en ese caso llegan a *Enneaplas*. En latín se efectúan desde muy pronto, a compás de la propagación del cristianismo, numerosas versiones —“casi innumerables”, dice San Agustín—, aunque no completas, salvo una o dos, a base de la *Septuaginta*, y la reina de todas ellas, que acabó por anularlas, la *Vulgata* jeronimiana, realizada directamente sobre los textos originales, con algunas salvedades, la obra literaria más portentosa, según algunos, realizada jamás por un solo hombre.

En resumen podemos afirmar que la acción ejercida por la *lengua santa* en las mencionadas, griega y latina en una primera etapa y las de ellas derivadas en siglos posteriores, fue de intensa *espiritualización* del léxico en una porción considerable

del mismo, al infiltrar en él nuevas acepciones tomadas de la originaria, la *hebraica veritas* en definitiva, como San Jerónimo suele denominar al texto hebreo bíblico.

En el sentido que abogamos, y sólo en éste, podríamos admitir, aunque con una rectificación, la afirmación de G. Mayans y Siscar en sus *Orígenes de la lengua española* (1737): "Después de la lengua griega, juzgo que de ninguna otra tenemos más voces que de la hebrea", no precisamente "voces", pero sí nuevas acepciones típicamente hebreo - bíblicas, infiltradas para siempre en palabras de neto origen latino o griego.

En comprobación de cuanto dejamos expuesto, y como materia de meditación accesible a cualquier lector medianamente versado en la Biblia, consignamos a continuación un breve elenco de vocablos elegidos entre los muchísimos que podrían citarse, en los cuales las nuevas matizaciones semánticas procedentes del hebreo bíblico, es decir del mundo de la Biblia, son patentes.

SUBSTANTIVOS.—*DIOS, padre, madre, hermano, firmamento, cielos, vida, muerte, salud o salvación, alma, espíritu, corazón, mano, pie, riñones, ángel, apóstol* (y derivados), *bautismo, hombre, amigo, enemigo, camino, ley, paz, penitencia, conversión, abominación, blasfemia, apóstata, agonía, alturas, altar, penitencia, conversión, BIBLIA.*

ADJETIVOS.—*Bueno, malo, santo, bienaventurado, puro, casto, celestial, terrenal, místico, sabio, pobre, pecador, impío, justo.*

VERBOS.—*Adorar* (a Dios), *bendecir, multiplicarse, confesar* (= alabar a Dios, supra), *amar, odiar, conocer* (= intimar, tener trato carnal), *visitar* (para bien o para mal), *fornicar* (sentido de idolatrar), *levantarse* (sentido de aprestarse para algo).

LOCUCIONES.—*Hijos de Dios, entrañas de misericordia, camino de la vida, camino de la paz, cielos y tierra* (= mundo), *montes* (u otro sustantivo) *de Dios* (= superlativo: altísimos), *sombra de muerte, rey de reyes* (cantar de los cantares, etc., = superlativo: el más excelente cantar), *alzar las manos* (= orar), *abrir la boca* (= empezar a hablar), *ceñirse los lomos* (aprestarse para caminar), *doblar las rodillas* (= adorar), *comer el fruto de sus obras* (palpar las consecuencias de los propios actos), *el ejército de los cielos* (= las estrellas), *hijas de Judá* (= ciudades de Judea), *temer a Dios* (= ser religioso).

Basta con reflexionar acerca de las acepciones que estas palabras tienen en el latín clásico, incluso utilizando un diccionario, o en griego, en su caso, y considerar otras usuales en español, que también pueden verse en un diccionario completo.

Podría componerse todo un léxico bastante copioso de vocablos grecolatinos que pasaron a las lenguas románicas, y aun a otras, por la vía religiosa, bíblica o simplemente de la civilización cristiano-occidental, en los que pueden señalarse algún matiz semántico de claro origen hebreo-bíblico. El tema ofrece novedad y materia abundante —así lo creemos— hasta para la elaboración de una disertación doctoral, por el bagaje lingüístico y filológico que habría de manejarse en el campo múltiple del hebreo y literatura bíblica, del latín y el griego con sus respectivas literaturas, así como también del español y otras lenguas, con las suyas.

Hemos querido poner de relieve este nuevo aspecto de los hebraísmos y su trascendencia en el panorama general del lenguaje, como trasunto que es de toda civilización. En su fondo, unas veces cristalino y transparente, otras nebuloso y opaco, todo se refleja, y al trasvasarse el magno complejo bíblico en el mundo grecorromano, se operó una transfusión de nueva vida, nuevas ideas, sentimientos, aspiraciones y esperanzas ultraterrenas, una nueva y auténtica religión —la mitológica de Hélada y Roma ni merece, al lado de aquélla, el nombre de religión, por sus abominaciones, absurdos y vilezas—, nuevos dogmas y moral, que transformaron por completo a la humanidad.

El resultado ha sido una nueva civilización y elevada cultura, la cristiano-occidental, vivificada por maravillosas esencias hebreo-bíblicas que cambiaron la faz y destinos del mundo en los primeros siglos de nuestra era. Aun cuando en los vaivenes de los siglos se hayan producido altibajos, crisis y tormentas, ese faro luminoso, cuyos destellos iluminan como irisaciones celestiales tantas palabras de las que a diario empleamos sin fijarnos ya en esos valores y su origen, se proyecta sobre el alma y la entraña de los pueblos y cada vez es más ecuménica su acción, aunque se hayan menoscabado, esperemos que no para siempre, muchas de sus más puras esencias.

David Gonzalo Maeso